

3- LOS CELTAS

Origen y persistencia de una seña de identidad

“Todo lo concerniente a los celtas se encuentra revestido de una atmósfera irreal e irracional en todo conforme a la conciencia antihistórica de este pueblo. Los celtas han entrado en la historia por la puerta de la leyenda en una época en que Grecia y Roma tenían ya una Historia”

Jean Markale.

Lo que nos queda hoy de los celtas es apenas una lengua o un grupo de lenguas minoritarias, o tal vez sólo el recuerdo de una civilización de límites difusos en el espacio y en el tiempo. Para otros quizás representen unos rasgos religiosos y culturales de carácter místico o mágico, o una simbología de connotaciones raciales y políticas.

Etapas cronológicas del mundo céltico

Pero si queremos, desde un punto de vista histórico y riguroso, saber qué fueron y qué son los celtas y su civilización, nos encontraríamos con enormes dificultades, debido a la falta de documentos escritos por ellos mismos en el momento de su apogeo, ya que sólo en el siglo VII de nuestra era los monjes irlandeses pusieron por escrito en gaélico los textos de las leyendas y tradiciones más importantes, mucho más antiguas y transmitidas por tradición oral.

Esa falta de testimonios es compensada, de alguna manera, con las alusiones de griegos y romanos, con los hallazgos arqueológicos y con pervivencias y renacimientos de esta cultura cuyos orígenes tendríamos que remontarlos a los movimientos de población que se produjeron en el centro y el norte europeos en uno de los últimos momentos de la edad del bronce, concretamente en el segundo milenio a. C., en el que las migraciones indoeuropeas procedentes de Asia, en varias oleadas a lo largo del milenio, empujaron a diferentes pueblos a tomar contacto con Europa. Estos desplazamientos provocaron una mezcla cultural que dio origen a los antecesores de los celtas. En un segundo momento, los ilirios, que ocupaban el Danubio central, fueron desplazados hacia el oeste, mezclando sus rasgos culturales con estos grupos indoeuropeos y con otros de tradición neolítica establecidos en el valle del Rin. La nueva mezcla originada creó, a su vez, una cultura mucho más grande y abierta que las que la formaron y que dio lugar a un fenómeno

expansivo que podríamos considerar como protocelta si no ya celta propiamente dicho. Se desarrollaron por entonces, ya asimiladas por los celtas, dos culturas funerarias consecutivas pero a veces contemporáneas, la Cultura de los **Túmulos**, de raigambre megalítica, y la Cultura de los **Campos de Urnas** ligada ésta última a la probable influencia de los ilirios, que practicaban la incineración.

La siguiente etapa en la formación de este pueblo la encontramos en los comienzos de la edad del hierro en la Europa central, hacia el 1200 a. C., cuando se pasa de una economía pastoril a un período de predominio agrícola, al que le siguen dos siglos de expansión, en el resto del continente, de los rasgos culturales celtas, de la mano de la metalurgia del hierro.

También fue clave, entre el -900 y el -800, una decisiva crisis climática, que supuso un retroceso de las tierras frente al mar, los lagos y los ríos. Muchos pueblos, y particularmente los celtas, se trasladaron buscando nuevas tierras o huyendo de los cataclismos y creando una época de inseguridad, incendios criminales, disminución del comercio y aumento del pillaje derivado del uso de las nuevas armas de hierro: así comenzó en Europa el primer milenio antes de nuestra era, en la que una especie de aristocracia feudal celta comenzó a extenderse por toda Europa. Tal vez de ahí deriva la idea, muchas veces repetida (tal vez un rito incomprendido) por los clásicos, de que los celtas se enfrentaban al mar con las armas en la mano.

Hasta la aparición de los primeros descubrimientos arqueológicos, en el siglo XVIII, sólo se contaba para reconstruir la cultura celta con los relatos de los escritores antiguos, pero será en el siglo XIX cuando tienen lugar los grandes hallazgos que han delimitado los dos períodos más significativos de lo que podríamos llamar la cultura celta plena:

1- El yacimiento del poblado y las tumbas en torno a la mina de sal de **Hallstatt**, en la alta Austria, en 1824, que da nombre a la cultura celta que se desarrolló y extendió en Europa entre el año -750 y el -500.

2- **La Tène**, en Neuchatel, Suiza, a orillas del lago, que definirá los rasgos de la segunda fase de la expansión celta y su decadencia (del -450 hasta la conquista romana en el siglo I a. C.). Es el momento en que se les conoce fuera de los límites de Europa, ya con el nombre bien de celtas o de gálatas (que es exactamente lo mismo pronunciado de forma ligeramente diferente) y a partir de ahí, normalmente, galos, cuya cultura se extendió por todo el norte y el occidente de Europa, por Italia (la llamada Galia cisalpina), por la Europa danubiana y balcánica, y, en forma de ejércitos de soldados mercenarios, por Asia Menor, por Próximo Oriente y por Egipto.

Los nombres de muchas zonas de Europa recuerdan hoy su origen céltico. Galicia significa pequeña Galia, Galacia (país de los gálatas, propiamente hablando) fue la tierra ocupada por los galos en la actual Turquía, Galatz o Galati es una de ciudades más destacables de Moldavia, el nombre de Wales, en inglés, no oculta el origen celta del país de Gales, y lo mismo podemos decir de la Galitzia polaca y ucraniana. La influencia celta alcanzó estos límites en los siglos posteriores a La Tène.

¿Hacia dónde se hubiera desarrollado la floreciente civilización céltica? La pista la tenemos en las Galias de Vercingetórix, pero tras su caída el mundo celta se descompuso como unidad geográfica continua, y sólo pervivió, a través de su lengua y de sus tradiciones, en Irlanda, en varias regiones de Gran Bretaña y en el noroeste de Francia, junto a otros rasgos aun más difusos en otras zonas de Europa.

Cómo eran los celtas

Los celtas llegaron a formar una civilización europea que fue predominante en la mayor parte del territorio del continente durante el primer milenio antes de Cristo. Pero fue una civilización sin imperio. Ni siquiera fueron habitantes únicos en sus lugares de origen centroeuropeos. Estaban unidos por su manera de pensar y de sentir, por los rasgos comunes de sus lenguas y costumbres, más que por un sentido nacional: en el fondo no estaban lejos de la sensación de identidad común que compartían todos los griegos, con los que compartían el mismo origen indoeuropeo. Y, desde nuestro punto de vista actual, ofrecen un modelo de convivencia viable que puede hacernos reflexionar sobre el presente y el futuro de Europa.

De hecho, no eran homogéneos desde el punto de vista étnico. El estereotipo de celta es el de un individuo alto y rubio. Pero había también morenos, y más bien éstos eran los predominantes, según los testimonios más autorizados, lo que revela su diverso origen. No se identifican, pues, con un solo grupo humano o somatotipo, una confirmación más de que no hay razas puras en Europa. Sin embargo, los estereotipos circularon también por el mundo antiguo. Es graciosa la anécdota de Calígula, siempre con un punto tétrico teniendo en cuenta la personalidad de este emperador romano, que mandó preparar a una gran cantidad de galos prisioneros dejando alargar sus cabellos y tiñéndolos de rojo para hacerlos desfilar pretendiendo haber llevado a cabo una enorme conquista en la Galia.

Los romanos los consideraban bárbaros escogidos. A los druidas, sacerdotes de la más alta jerarquía, se les tenía por depositarios de la tradición pitagórica y de una gran sabiduría aunque de los antiguos druidas sólo hemos conservado una frase que se les pueda atribuir con propiedad, en la que recomendaban: “Adorar a los dioses, no hacer nada indigno, ejercitar el valor”

Los pueblos celtas tenían y tienen en común la facilidad para crear personajes, héroes, en sus mitos y tradiciones. En ellas se resume la historia íntima de este pueblo, el sentido profundo de su razón de ser. El valor del mito así entendido es enorme y equivale tanto a los Homeros y los Herodotos como a los literatos e historiadores romanos.

Por ejemplo, el mito de la ciudad sumergida de Ys, inundada por una incontenible avalancha del mar, que aparece con variantes en muchas leyendas célticas, nos habla de aquellas catástrofes marinas que los primeros celtas tuvieron que sufrir, pero también de la vida que sigue latiendo debajo del agua, origen de toda fecundidad, y que desde ese otro mundo atrae a los que se acercan demasiado a los abismos. Por cierto que los romanos adaptaron parcialmente este mito: Galatea, hija de un rey de la céltica, amante de Hércules, aparece en ocasiones como la ninfa marina por excelencia.

La expansión celta. I - Hallstatt

La mina de Hallstatt no es el origen ni el centro de la cultura céltica, que podríamos situar más al norte, en el corazón de Alemania, y bastantes siglos antes. Pero allí, en Hallstatt, gracias a la sal, todo se ha conservado en un estado muy aceptable desde su fundación hacia el 750 a.C. y nos permite estudiar ese importante momento del mundo celta, simultáneo a su primera gran expansión.

En los lugares próximos a las minas encontramos promontorios artificiales, túmulos, con enterramientos de caballeros con todas sus armas, sobre todo sus largas espadas y, a veces, con imponentes carros de parada, más que de combate, característicos de esta primera cultura céltica. Significan un culto a la prosperidad, asociado a la rueda, y a ritos funerarios, hoy bien conocidos por la tradición y las leyendas. Tras la muerte del difunto se celebra un *simposio*, o ceremonia de despedida, con un soberbio y espectacular banquete. Abundan los restos de cuernos para beber hidromiel (agua con miel y plantas aromáticas... cuyos efectos ignoramos, pero sin duda fueron, por lo menos, estimulantes) y a veces cerveza, práctica que se mantuvo hasta el siglo VI a.C.. Se han encontrado calderos especiales para la ocasión de 500 litros. El jabalí es el animal preferido de los celtas. Aparece como adorno o exvoto, y era la parte esencial de la dieta de los simposios. Algunas espadas se doblan y se inutilizan en la ceremonia. En cuanto a los lugares de enterramiento, cada túmulo pertenecía a una sola tribu.

Por entonces, en Hallstatt se había establecido un activo comercio de sal, es decir, se vivía una época de paz relativa, frente a los desórdenes que habían caracterizado el comienzo de la edad de hierro.

Ya hacia el -600, la zona de las minas era un verdadero foco cultural, y la cultura hallstática se extendía por casi todo el continente. Los panteones tribales se esparcen por toda Europa continental e insular. Cuando la tribu propietaria del conjunto funerario cae en decadencia, es sustituida por los difuntos de otra que ocupan su lugar en los túmulos.

Tras el -500, la hidromiel de las ceremonias y las fiestas se sustituye por el vino, que se transporta concentrado desde el Sur, según se ha sabido de los residuos sólidos de calderos y de vasos cerámicos. Estos descubrimientos nos indican que existía un comercio en pie de igualdad con los etruscos y los griegos del Sur. Los celtas, por su parte, traían el ámbar del norte, y abastecían a los habitantes del Mediterráneo de metales y de pieles, de los que adquirirían, además, productos de lujo y costumbres refinadas.

Este movimiento comercial y el intercambio humano consiguiente explica la expansión de los celtas de la cultura de Hallstatt, y particularmente de uno de sus grupos más destacados, los goidelos, sobre los que incidiremos más por la pervivencia de su lengua desde entonces. Tanto los caballeros enterrados bajo los túmulos con espadas de hojas largas y originales empuñaduras, como también los que tenían un ajuar menos rico ligado a los ritos de incineración, comienzan a extenderse fuera de sus núcleos originarios en el centro y el norte de Europa y se desplazan a regiones menos centrales, donde acabarán por mezclarse con las culturas autóctonas y, en algunos casos, por llegar a ser preponderantes.

En **Irlanda** las tradiciones indican, sorprendentemente, que los primeros pobladores civilizados de la isla vienen de España, quienes tuvieron que luchar con sus anteriores inquilinos, una especie de genios originales (¿tal vez se refieren las crónicas a los esquimales?). Después llegaron dos héroes llamados Partholon y Nemed, también procedentes de España. Hibernia, Eire, Iueri, Iberi, nombres que ha tenido Irlanda, pueden estar relacionados con Iberia, no sólo en su denominación, sino en similitudes étnicas indicadas por los antiguos. Estos prehistóricos íberos serían, tal vez, los portadores del megalitismo en la edad del bronce. También desde España vendrían los goidelos, que a su vez provenían de mucho más lejos, siempre según las tradiciones irlandesas.

Los celtas goidelos asimilaron las costumbres y fiestas tradicionales irlandesas, que no son más que la celebración de las estaciones del año, aunque se identifican con las diferentes invasiones que sufrió la isla. La jerarquía social de los clanes irlandeses, de hecho y de fuerza, está ratificada por la historia y el mito: el estilo aristocrático celta modeló Irlanda hasta llegar a San Patricio, a finales del siglo IV. Irlanda es un modelo de lo que pudo ocurrir con la civilización céltica en otras zonas: después de llegar, los celtas asimilan parcialmente las características culturales de los pueblos que conquistan a veces de forma no completa. Conquistadores y conquistados, generaron un flujo y reflujo de influencias que a la postre generó una sociedad más abierta de lo que su condición insular determinaría.

En **Gran Bretaña** curiosamente también podría descubrirse el recuerdo íbero: el nombre de Albión es ibérico y existió un pueblo en Asturias llamados los albiones, que podría explicar posibles contactos mutuos en épocas prehistóricas y protohistóricas. Sabemos bastante de las costumbres de los antiguos escoceses y otros habitantes celtas de Gran Bretaña. Por ejemplo, tenían familias matrilineales, muy frecuentes en los pueblos celtas y predominantes en sus ancestros. Es decir, que la línea definitoria de la herencia la daba la madre. Un hombre da su herencia a sus sobrinos, por ejemplo, y no a sus hijos, que eran inciertos, pues el matrimonio tenía lugar por grupos, dentro del clan, y no estaba clara sino la filiación materna y la consanguinidad con los hermanos de la madre. Las mujeres llegaron a tener un enorme poder y un papel clave desde el punto de vista político, como sucedió con la reina guerrera Buddica.

Este *totum revolutum* que era el clan celta desde el punto de vista de la propiedad, pudo tener gran eficacia agrícola a largo plazo, una suerte de visión ecológica, por una perfecta adaptación a los recursos existentes, y por la unión de las propiedades del clan, aunque exigía expansión y emigración en masa cuando se producía un aumento importante de población, lo que veremos que fue esencial en la expansión celta.

Los celtas goidelos perduraron en Irlanda y la parte occidental de Gran Bretaña, a donde fueron desplazados por la segunda oleada céltica, posterior a La Tène, que protagonizaron pueblos como los britones y los belgas. Un detalle de la indumentaria nos revela el origen de cada uno de estos pueblos que se repartieron la Isla. Los varones goidelos originarios llevaban falda (las mujeres pantalones), mientras que los britones usaban ya pantalones bastante ajustados que les cubrían los muslos. Por último, los belgas recibieron su nombre por su costumbre de llevar una especie de pantalones anchos, en forma de sacos (bols, bags).

En **Francia**, los goidelos no dejaron rastros lingüísticos, absorbidos más tarde por la riquísima cultura gala posterior a La Tène, y particularmente por los bretones o britónicos, pero las excavaciones arqueológicas sí han descubierto numerosos túmulos hallstáticos, sin construcción interior.

En la **península ibérica**, sin embargo, dieron origen a una tradición cultural de gran pervivencia, que dejó restos por toda la zona central y occidental. Sabemos que la entrada de los celtas en España es anterior a Hallstatt. Hacia el año -1000, penetran los portadores de la cultura de los Campos de Urnas, provenientes del sur de Francia. Predomina la incineración, aunque también hay algunos túmulos.

La cultura de Hallstatt llegó ampliamente a la Península. Entraron por Roncesvalles y tal vez por la costa oriental hacia el -600, y desplazaron a los ligures, pero no consiguieron arrancar a los iberos de los fértiles valles del sur y este. Se han encontrado numerosos restos arqueológicos entre Soria y Guadalajara, aprovechando (como en su origen hallstático) la sal de las salinas de Imús (río salado). Son destacables varias necrópolis y entre ellas, no lejos de la zona de salinas interiores aludida, la de Aguilar de Anguita. Cataluña es otra de las zonas con más restos tipo Hallstatt. Pero igualmente en Andalucía pueden encontrarse yacimientos importantes (Los Alcores).

Tartessos, pueblo de origen autóctono con influencias fenicias y tal vez griegas, pudo tener un jefe céltico: Argantonios, su rey más famoso, tiene un nombre celta (rey de la plata es su significado). Podría tratarse, pues, de un Estado ibérico con jefe celta, tal vez por vía matrimonial.

En los textos griegos se alude a que los celtas se encontraban al norte de la Bética hasta el Finisterre. La oleada de La Tène no llega hasta la Península hasta muy tarde, debido a la potencia de los pueblos íberos, que en el siglo V a. C. conquistarán los Pirineos y todo el sur de Francia, dificultando el contacto entre los celtas del continente y los peninsulares. A éstos últimos se les designa con el nombre genérico de celtas (más propiamente celtíberos), incluso cuando lo más usual sea denominarlos ya galos; es cierto que existían diferencias con los galos de más allá de los Pirineos, pero no excesivas, pues los contactos se habían mantenido, sobre todo por la vía marítima del Atlántico.

Una de las formas de conocer la extensión y profundidad de los asentamientos celtas es por la toponimia. Encontramos en España y Portugal nombres que indican permanencia suficientemente prolongada para dejar el nombre de una ciudad. Son muy abundantes en la costa portuguesa y del Atlántico norte. Por ejemplo, todas las que incluyen la palabra “briga”, Segóbriga, La Coruña (Brigantium), Braganza, que concuerdan con algunas fuera de la Península (Bregenz en el lago Constanza, Suiza). Se descarta que hubiera ciudades celtas en toda la costa este, desde Cataluña a Huelva, debido a la pujanza de los iberos. Segorbe sería, tal vez, un caso de celtización de una palabra íbera. Por tanto, aunque hubo asentamientos, éstos no tuvieron continuidad de civilización.

No obstante, nos equivocaríamos si pensamos en pueblos como en mapas coloreados. No es rentable desde un punto de vista antropológico ni comercial, aunque haya grupos dominantes o bien mayoritarios. Aunque en ocasiones las emigraciones en

masa de los celtas fueron muy violentas y obligaron al desplazamiento forzoso de otros pueblos, serán muy significativas las diferencias entre el modelo romano, más exclusivista, aculturador y, podríamos decir, totalitario, que el modelo celta, no tan rígido desde el punto de vista político. No podríamos entender que los celtas no dejaran un rastro más evidente en muchas zonas en las que habitaron, sin comprender que supieron adaptarse y variaron admitiendo influencias externas, como siempre lo habían hecho, frente a otros ejemplos de pueblos dominados que subsisten a lo largo de los siglos porque no se han asimilado. Es decir, que los celtas sobreviven dentro de la sociedad común, dejando rastros diversos pero esparcidos e integrados dentro de la cultura compartida.

Cuando llegan los romanos, a diferencia de lo que sucede en las Galias, se encuentran con que lo habitual es encontrar a los celtíberos llevando una vida ruda de pastores en la Meseta y el Norte, con una pequeña aristocracia, e incluso una capa media, pero poco significativa. Aun así, las guerras celtibéricas supusieron un parón en el victorioso avance de la República romana y acarrearón más de un siglo de encarnizadas luchas.

En **Italia**, los celtas de Hallstatt penetraron de forma muy discreta, muy diferente a cómo lo harán tras La Tène. No podría llamarse una verdadera invasión, y penetran en la península itálica al mismo tiempo que los umbros y otros itálicos (que vivían en Europa central, más al este que los celtas). Son pastores pobres en un principio, y sólo tendrán rasgos aristocráticos tras la gran invasión gala que se produce tras la época de La Tène.

El encuentro con otros pueblo itálicos fue muy enriquecedor para los celtas, que tomaron los caracteres etruscos para plasmar por escrito su lengua por primera vez, esfuerzo que no tuvo una continuidad inmediata.

La expansión celta. II - La Tène

Los comienzos del asentamiento lacustre de La Tène hemos de situarlos hacia el año -500, y por entonces podemos constatar la rápida generalización de nuevas modas dentro de todo el mundo celta de la época, que ganó continuidad y unidad. Se trataba de ritos funerarios nuevos, cerámica y armas más evolucionadas. Eran celtas pero con nuevas costumbres derivadas tanto de un aumento considerable de población, como también de importantes contactos con los griegos. De la inhumación inicial de Hallstatt se había pasado a la incineración, pero en la Tène se vuelve a la inhumación, aunque ya sin carros y sin los túmulos característicos de Hallstatt, que poco a poco van dejando paso a las simples fosas rectangulares. Lo que sí parece una característica (y una manera de distinguir los yacimientos que siguen la tipología de La Tène) es la orientación del cadáver en estas fosas, de este a oeste, con la cabeza hacia el oeste.

Se trataba de grupos humanos nuevos que se abren paso entre los antiguos, pero todos celtas. Un cambio de vida que tenía más de seducción cultural que de imposición guerrera. Los nuevos enterramientos pertenecen a guerreros, y así se hacen enterrar, en traje de combate, pero más bien es de desfile, pues en general estos pueblos tendrán un carácter pacífico, salvo destacadas excepciones.

En el fondo, los primeros colonizadores de La Tène son más agricultores que pastores. Se abandonan, en los comienzos de este estrato civilizador, las fortalezas, los *oppida*, los lugares elevados amurallados, y apenas hay murallas en las ciudades. Sorprende en este siglo V a. C., en vísperas de las grandes campañas de galos por toda Europa (especialmente en Italia) este pacifismo. Pero es lógico, si consideramos que fue una paz que generó riqueza, superabundancia de hombres y acuerdos pacíficos entre clanes y tribus, a partir de todo lo cual pudieron plantearse las campañas exteriores que siguieron.

La **invasión de Italia** se produjo de forma masiva y violenta entre el 396 y 386 a.C.

Las crónicas celtas cuentan que el rey Ambigatus envió a Sigoveso y a Belloveso, sus sobrinos herederos, a la conquista más allá de los Alpes.

Pero, más allá de la leyenda ¿qué explicación histórica podemos dar a esta expansión? La propia tradición puede darnos la pista: no había herencia suficiente para todos. Las exclusiones de las herencias comenzaron a hacerse frecuentes y a generar malestar entre muchos varones. Se hacían en esos casos necesarios los repartos periódicos entre familias, y cuando ésta medida no resolvía los problemas, se producían los éxodos masivos.

La fórmula adoptada en ese momento de comienzos del siglo IV fue la emigración religiosa o sagrada *-ver sacrum*, o primavera sagrada para los latinos, pues ésta era la estación en la que se producía el desplazamiento-. Se compuso de unos 300.000 hombres, con sus mujeres y niños. En total, tal vez un millón doscientas mil almas.

Entraron por los Alpes en varias oleadas concertadas. Naciones enteras en carros pequeños, con una organización bastante buena. Agrupados por tribus de origen que habían llegado a alianzas militares, se asentaron según el orden de llegada. A las cuatro tribus iniciales, insubros, cenómanos, boios, vignones, se unieron en último lugar los senones, que irrumpieron ya sin tierras en la zona norte y tuvieron que buscar su lugar más al sur. En décadas siguientes, otros grupos irán adentrándose en Italia paulatinamente.

La victoria frente a los Etruscos, que también eran dominadores recientes allí, fue aplastante. Los galos fundaron Milán. Roma envió un ejército intentando frenar la avalancha. Pero fue arrollado en Allia, una derrota que causara vergüenza hasta el final del imperio. Al parecer, al verse rodeados los romanos por tantos gritos y tan numerosas fuerzas huyeron de forma desordenada.

Roma es abandonada y saqueada en el año 386 a. C. por los galos senones.

Según las leyendas romanas fue entonces cuando los gansos del Capitolio salvaron a la colina y a la ciudad. Hoy los historiadores discuten el famoso episodio. El capitolio fue también conquistado tras un largo asedio. Se pidió por toda la ciudad un rescate de 1000 libras de oro. Cuando se observó que las balanzas galas perjudicaban a los romanos en el pago, Brenno, caudillo de los senones, arrojó la espada en la balanza diciendo *Vae*

victis, “ay de los vencidos”.

Aunque Marco Furio Camilo terminó expulsándolos, los ataques galos no terminaron, sino que se repiten a lo largo del siglo IV como una pesadilla que se repite. Pero será un poder efímero. Las bandas conquistadoras galas se comportan como todo ejército en país cálido y rico, tras la saturación de víveres y borracheras, tras los incendios y saqueos vienen las epidemias y el hambre de los ejércitos y los pueblos que los siguen, provocadas por la destrucción. No llegaron a conseguir extender su dominio estable al sur de los Apeninos. Ignoraban la fortificación de campaña y el servicio de seguridad y se dejaban sorprender por incursiones bien organizadas de viejas ciudades con estructuras políticas sólidas. Terminarán aprendiendo. De la tribu desordenada, que atacaba a unos y a otros, los galos pasarán a la política de Estado, pues todos se aliarán contra ellos. En -295 los feroces senones tuvieron que aliarse a umbros y etruscos, pero fueron derrotados por los romanos, en su avance ya imparable. En -191 los boios, tal vez el pueblo galo más importante y numeroso de la Galia cisalpina fue derrotado y definitivamente sometido por Roma. Por entonces, los galos hacía mucho tiempo que habían dejado sus correrías en Italia y se habían asentado como pacíficos agricultores que transmitían al resto del mundo céltico los avances de Italia. Incluso los senones habían abandonado su papel de bárbaros bravucones desgreñados y se habían vuelto tan refinados como etruscos o latinos. Por su parte, Roma y los etruscos tomaron de los galos determinadas palabras, armamento, costumbres y creencias.

La marcha hacia oriente. Si Belloveso atacó Italia, su hermano Segoveso, guiado por el vuelo de las aves, según la tradición, se dirigió hacia oriente, y se estableció durante casi un siglo en Panonia. Allí entraron en contacto con los vénetos y los ilirios, que contienen momentáneamente su avance. Macedonia era el objetivo no sólo de los celtas, sino de otros pueblos asentados al norte de los Balcanes. Mientras el reino macedónico fue fuerte, los celtas no supusieron un peligro, e incluso participaron como mercenarios al servicio de los reyes de Macedonia.

Las crónicas siempre aluden al famoso encuentro entre los celtas y Alejandro Magno, sorprendido por la temeridad gala (le dijeron los celtas que no temían a nadie ni a nada, salvo tan sólo que el cielo les cayese sobre las cabezas), menos meritoria por no estar exenta de fanfarronería, según declaró después el joven genio militar.

Pero al descomponerse el imperio alejandrino, los celtas, que habían aprendido estrategia militar al servicio de los macedonios, irrumpen en Grecia. Atacaron el santuario de Delfos, dirigidos por un cabecilla galo también llamado Breno. De nuevo la historia se mezcla con la leyenda. Según dice ésta última, Apolo se apareció milagrosamente aplastando a los galos. La historia confirma la destrucción del santuario, aunque sin duda es una exageración el botín de miles de kilos al que aluden los textos de la época y que fue encontrado por los romanos al conquistar la región de Toulouse, según las fuentes, también poco fiables, de los triunfadores.

La victoria de Delfos no pudo ser más pírrica y diezmó a los galos. Al parecer, Breno se suicidó. Se conocen bastantes ejemplos de suicidio ritual, individual y colectivo. Pero tal vez todo el pasaje puede entenderse en clave simbólica, según ha indicado Markale. El oro sería simbólico, representación más bien de la luz del otro mundo, Apolo

el dios de esa luz, celoso de su robo, es decir, de que los mortales pasen al más allá y puedan regresar impunemente, obsesión de los relatos celtas, y el suicidio no sería más que la confirmación del tránsito irreversible a la otra vida, de la voluntad de viajar al otro lado aunque el precio sea caro: la propia vida. El sacrificio humano tenía entre los celtas este sentido, e incluso la autoinmolación significaba a veces la entrega en favor del clan o de los más allegados.

Pero volviendo a los hechos concretos, en -240 los galos, o gálatas, atacaron Pérgamo y fueron derrotados por el rey Atalo I (de aquella época es el original del galo moribundo). A partir de entonces, todos los ejércitos de oriente tuvieron un cuerpo galo, que viajaba con sus mujeres y niños. Destacaron sus actividades en Egipto. Los gálatas se mantuvieron como minoría y aunque se helenizaron mucho, conservaron la lengua celta y sus tradiciones, que no dejaron mucha huella, tal vez debido a la composición heterogénea, casi siempre restos de varias tribus, de los grupos mercenarios.

En la **zona danubiana**, sin embargo, su presencia fue mayor, aunque también coexistieron y se mezclaron con otros pueblos. Fue muy notable la actividad y asentamiento de belgas a partir del siglo III a. C.. Los belgas fueron considerados en alguna ocasión germanos, pero eran celtas que ya empezaban a acusar la presión y la influencia germana, desde el norte y el este, que más tarde sería preponderante.

La gran derrota gala ante Roma

En el oeste, tras vencer a Cartago y tras la conquista de la Galia cisalpina (-190), al sur de los Alpes, los romanos se adueñaron de una parte importante de celtiberia (-133). Entre estos dos territorios faltaba la conquista de la Galia narbonense, en el sur mediterráneo de Francia, donde se habían asentado los celtas desde el siglo III.

Massalia, antigua colonia griega, pidió ayuda repetidamente a lo largo del siglo II. En -121 Bituito, rey de los Arvernos reunió más de 300.000 hombres ante el progresivo poder de Roma, pero finalmente fue derrotado, y Roma contó con una nueva provincia, la Narbonense, que sirvió de puente terrestre entre las posesiones italianas e hispánicas.

Inicialmente, los galos combatían a pecho descubierto, sin coraza, frente a las armaduras romanas. Muchos testimonios certifican esta costumbre de los guerreros celtas de luchar desnudos, sólo con su casco y su escudo alargado. Pero esta práctica les daba una extrema debilidad, y fue finalmente abandonada.

A los galos les sobrevinía un doble peligro. Por un lado los romanos, como hemos visto, pero por otro los germanos, pues los cimbrios, teutones y suevos atacaban repetidamente la frontera celta oriental. Los eduos, uno de los principales grupos celtas, pidieron ayuda a Roma. Mario derrotó a los suevos el año -102, con lo que se convertía en protector, de alguna manera, de algunos grupos celtas transalpinos.

Pero el afán expansionista de Roma, llevó a la República, no sólo a conquistar la Narbonense, sino a ampliar su dominio hacia la Galia central y del norte, particularmente

cuando Julio César tomó el mando, como procónsul, de las legiones romanas en esos territorios. La nueva política de control imperial romano se manifestó cuando los helvecios, en el año -58, acosados por pueblos germanos del este, intentaron cruzar el Ródano, hacia el territorio de los eduos, ya aliados de Roma. César lo impidió y tras infligir un importante correctivo sus tropas, de casi 100.000 guerreros, les obligó a volver a sus tierras abandonadas. Se convertía así en el árbitro de los conflictos entre los galos. De ahí pasó a la conquista del territorio de los belgas, el más poderoso de los grupos galos por entonces.

A pesar de los éxitos iniciales de César y de su propaganda pacificadora en Roma, las rebeliones en la Galia se acrecentaban hasta el punto que la asamblea de druidas que se convocó decidió elegir a un joven jefe arverno para unir los impulsos nacionales galos: Vercingetórix. Su primer movimiento militar fue cortar la retirada de las tropas de César y evitar el contacto con Italia, pero las maniobras del general romano fueron más rápidas, por lo que el caudillo galo tuvo que retirarse. Sin embargo, la propaganda por el hecho había surtido efecto y se unieron a Vercingetórix otros pueblos galos, incluso los eduos, tradicionales aliados de Roma. Cuando ya las tropas de César se habían empezado a replegar, la precipitación de la caballería celta chocó con la experiencia romana y un refuerzo inesperado, los germanos reclutados al servicio de la República.

La batalla final se produjo en Alesia, donde las legiones romanas crearon un cinturón de asedio contra el que los refuerzos venidos de toda Galia chocaron inútilmente, terminando en una aplastante derrota para los galos, que se ratificó en las campañas subsiguientes hasta la total conquista del territorio. De nada sirvieron los *oppida* amurallados en lugares elevados, de nada los *murus gallicus*, fortines improvisados con madera y piedras, de nada el valor individual y la actitud temeraria de las tropas celtas ante la mejor organización de las legiones romanas. Algunos autores han destacado también sus deficiencias armamentísticas, su espada larga, que había sido pionera en cuanto al filo conseguido por la combinación de hierro y acero, hería sólo por su filo, sin poder en su punta. Al reforzar las corazas y utilizar lanzas y espadas cortas, los romanos la inutilizaron.

El saqueo sistemático de las ciudades galas que César llevó a cabo metódicamente se debía no tanto al castigo por la rebelión, como a la sed de oro, metal que las ciudades galas poseían en abundancia, hasta el punto de producir una caída del precio del oro de casi un 30% en Roma.

Muchos galos rebeldes abandonaron el suelo continental, siempre exceptuando, claro está (y permítasenos la broma o licencia poética de referirnos a esta leyenda contemporánea), los habitantes de la aldea de Astérix y Obélix. Huyeron a Bretaña del norte, es decir, a las islas británicas. A Britania les siguió César y sus sucesores los emperadores romanos. Claudio conquistó el territorio, salvo el intervalo rebelde dirigido por la reina Buddica, y en el 77 d.C. se alcanzó al máximo dominio imperial, delimitado por una gran muralla que atravesaba la Isla, sin que Roma pudiera conquistar Escocia, las zonas altas de Gales e Irlanda.

Por el extremo oriental, también Panonia fue conquistada en el -12, y los germanos, con sus incursiones, se encargaron de acorralar al mundo celta hasta casi su desaparición en el continente. Sólo en Bretaña subsiste el idioma bretón armoricano, única

lengua celta viva en suelo continental.

En la **península ibérica**, la invasión tras La Tène fue más tardía, coincidiendo con la irrupción de los belgas en Hispania. Llegaron entonces a Galicia -literalmente *pequeña Galia*- y la cornisa norte. Rasgo particular de los celtas en Hispania son las esculturas zoomórficas celtibéricas. Se duda hasta qué punto los celtíberos eran celtas de forma completa o el fruto de la fusión de diversos elementos peninsulares. Muy convincente es acudir a identificar a los celtas de la Península por los ritos y las inscripciones funerarias, particularmente por el uso de un tercer apellido, que alude a la pertenencia del difunto a un determinado clan (la organización suprafamiliar o *gens*), característica inequívocamente céltica o indoeuropea (Santos Yanguas). Tras la conquista romana, que pudo prolongarse hasta el final de las guerras cántabras, en plena época de Augusto, la presencia celta se fundió con la romana, subsistiendo creencias y costumbres que más tarde marcarían sincréticamente el cristianismo medieval.

Creencias

Paradójicamente, más que la cultura material, lo que ha sorprendido y cautivado a los investigadores son las creencias celtas, que han tenido una proyección sobre la historia mucho más allá que la propia civilización donde nacieron. Ya hemos hablado de su influencia sobre la literatura, los mitos y los ritos de raigambre medieval. El hallazgo y veneración del sepulcro de Santiago de Compostela y otras creencias gallegas y asturianas, las leyendas irlandesas y bretonas dan buena fe de ello, y llegan a influir poderosamente en las vidas de los habitantes de estos territorios. Pero también mitos contemporáneos como el del monstruo del Lago Ness, las fábulas cinematográficas actuales y druidismos esotéricos de la más variada estirpe, se nutren del estilo de creencias céltico y de su estética.

En medio de tanta invención, que no es más que la tradición renovada, conviene hacer un somero repaso a lo que fue este conjunto de creencias, que tanta influencia posterior ha tenido y tanto ha contribuido al mantenimiento de una identidad cultural, y que tan sugerente se muestra a los ojos del ser humano actual.

Por ejemplo, la preferencia de los celtas por los santuarios situados en lugares naturales, en el bosque, en calveros, montañas, lagos, fuentes... nos habla de esa afición a la naturaleza, de esa antigua visión ecológica que tanto necesitamos hoy día y para el futuro. Destacamos entre los diferentes santuarios los misteriosos *viereckschanzen*, cuadriláteros de casi una hectárea dedicados al culto, los osarios comunitarios y el culto a los héroes, cuyo espíritu se revelaba en parajes determinados después de velar su tumba toda la noche (lo que puede considerarse un precedente del velar las armas de los caballeros medievales).

Ya hemos hablado del culto al agua y su significados. Las fuentes son lugares donde se depositaron numerosas ofrendas de armas y joyas. Algunos ríos tuvieron especial relevancia, como el Rin, al que se le pedía que confirmara la legitimidad de los recién nacidos.

Era notable el ofrecimiento de todo lo conquistado en un botín a los dioses, incluso sacrificando los animales y las personas que lo integraban, bajo severas penas si algo no se sacrificaba.

El calendario estaba en relación con los dioses y las creencias, y tenía un referente agrícola más que solar. La estación cálida comienza el 1 de mayo, mientras la fría el 1 de noviembre, con etapas intermedias el 1 de febrero y el 1 de agosto. La fiesta del 1 de noviembre es la del mundo de los espíritus, que irrumpen en el mundo humano con carácter amedrentador: es el comienzo de la estación estéril, y para ellos el comienzo del año. Daban mucha importancia a la luna: los romanos decían que medían el tiempo no por días sino por noches, ya que comenzaban el recuento por la mitad oscura, al igual que hacían con el año. Halloween era, pues, el comienzo del año oscuro, se emparentaba con el aire, con los espíritus, mientras las otras fiestas significaban también matrimonios sagrados relacionados con otros elementos, tierra, agua, fuego. El resultado era una especie de politeísmo panteísta, por parejas de dioses masculinos y femeninos, que integraba todos los elementos de la materia, al modo de la filosofía presocrática.

El druida -palabra que significa conocedor del roble- ocupaba la pirámide sacerdotal a la que se llegaba después de ser bardo y vate. Para llegar a vestir el hábito blanco de druida era preciso un estudio de más de veinte años que incluía la memorización de numerosos textos sagrados (estuvo prohibido escribirlos en los tiempos antiguos). En época de César, los druidas eran verdaderos intelectuales que poseían grandes conocimientos matemáticos, astronómicos y filosóficos, y se consideraba que el druidismo, tal vez con fundamento, emparentaba con el pitagorismo. Los druidas tenían privilegios y un enorme poder real, incluso podían infligir castigos, como era anatémizar e impedir hacer sacrificios, lo que se consideraba la mayor deshonra. Es lógico que los romanos persiguieran a los druidas, pues ellos hubieran sido los únicos que podrían haber dado unidad al mundo celta, al menos a los 60 pueblos independientes que constituían la Galia de entonces, y que se unían o separaban constantemente según intereses coyunturales. Los druidas funcionaron como una institución internacional entre los celtas, creando lazos y manteniendo afinidades entre los grupos celtas más distantes. Por cierto que la estructura territorial gala se mantuvo tras la conquista romana.

A menudo se representa al druida recogiendo muérdago en el bosque, y es que el muérdago, especialmente cuando crece sobre el roble, es una planta perenne que fue considerada como manifestación de los dioses, por encima del cambio de las estaciones. En el mismo sentido, se consideraba un talismán el huevo de la serpiente, imagen de la eterna renovación, entre otros amuletos a los que los celtas eran muy aficionados.

La existencia de druidas ha sido emparentada con instituciones sacerdotales similares en otros pueblos indoeuropeos, como sucede en la India con los brahmanes. Por cierto que algunas costumbres ligadas a la religión también encuentran paralelismos en oriente: los celtas no podían reclamar directamente a alguien con una categoría religiosa superior, sino que debían sentarse en la puerta de su casa para ayunar, lo que era un signo de vergüenza pública para el demandado.

Creían en la transmigración de las almas, incluso en la reencarnación. Tan

convencidos estaban de la existencia de otra vida que ni ante las batallas ni ante los sacrificios sentían ningún temor. Llegaban a prestar dinero a reembolsar en la otra vida. Como ya hemos indicado, eran politeístas, lo que intentaron explotar los romanos para identificar sus dioses con los de los celtas, sincretismo sólo logrado a medias.

Otras creencias y costumbres las tomaron de pueblos anteriores, netamente prehistóricos, como la de cortar cabezas, lo que era obligado en las batallas. Tal vez esta costumbre pueda explicar la masiva presencia de calaveras en los santuarios. Al parecer, según Diodoro de Sicilia y otros escritores clásicos, los celtas cortaban las cabezas de los enemigos, las llevaban en sus caballos y las clavaban en las puertas de sus casas como trofeos. Pero por otra parte, conservaban en aceite las cabezas de sus jefes, y las mostraban orgullosamente a los visitantes.

También es una tradición prehistórica universal la realización de alianzas de sangre, que compensaban con fórmulas que remedaban al parentesco la falta de un régimen contractual sólido y garantizado por el Estado, y que los celtas utilizaron en sus compromisos más solemnes. Más extendido en el mundo céltico era el sistema de donación, que será la base de la posterior relación feudo-vasallática. Destacable también es su sentido del honor, común en muchos pueblos de la Europa antigua, que les conducía a terribles venganzas y a suicidios, a veces colectivos, antes de perder el honor o para salvar el honor perdido. Por increíble que nos parezca hoy día, la donación de la propia vida, ante los hombres o ante los dioses, podía llegar a ser un requisito para evitar la ruina de la propia familia o para garantizar su prosperidad.

Sus mitos son extraordinariamente sugerentes incluso hoy día, y en especial el ciclo de Artús (o de Arturo), que ha pasado a ser una especie de héroe nacional británico. También interesante es el mito de Taliessín, hijo de un enano que adquiere la iluminación, mezclado a veces con las tradiciones artúricas.

La tradición romana insistió en relatar sus ritos crueles, como la realización de enormes muñecos de mimbre con personas presas en su interior que eran finalmente incendiados, pero lógicamente tenemos que dar un valor relativo a la parcial visión de los conquistadores romanos, que siempre se consideraron civilizadores de estos pueblos. Además tampoco fueron un ejemplo de clemencia frente a los enemigos vencidos.

Conclusiones. ¿Una política alternativa *céltica* en Europa?

Tal vez hemos agrandado en nuestro trabajo el recuerdo de los celtas, ya que sus restos son menos importantes que los de los egipcios, griegos, romanos e incluso germanos. En el mejor de los casos, lo que un estudiante medio conoce de los celtas son sus conquistas parciales, efímeras la mayoría, duraderas algunas, sus correrías irresistibles pero poco sólidas desde el punto de vista civilizador, en el mejor de los casos las expediciones mercenarias que apenas dejaron huella en la historia. Pero tal vez lo importante no es el recuerdo de unos acontecimientos no muy significativos del pasado, sino sus rastros en la historia de Europa y en la cultura actual.

La influencia del mundo celta durante la edad media europea fue muy notable,

como ya hemos repetido. La sociedad tripartita medieval, basada en relaciones personales, parece calcada de la de los galos. Tras la caída del imperio muchas tradiciones celtas reaparecieron. Irlanda se convirtió en un foco cultural y religioso que irradió sobre todo el continente su influencia. Por ejemplo es notable la relación del arte románico con el céltico. También los pueblos de origen celta de la cornisa oeste del continente han mantenido el contacto, no sólo durante la edad media, sino en momentos importantes de la edad moderna y contemporánea, lo que puede aportar alguna luz sobre el parecido no sólo de carácter, sino de un folklore común.

Hoy más que la imagen de Vercingetórix, las tradiciones celtas recuerdan y desarrollan la música, los cantos y bailes populares, los juegos y ceremonias, una memoria más alegre y expansiva e incluso una forma de ser más vital y, aparentemente, menos política que tiene sus problemas y sus debilidades pero claros visos de futuro en el nuevo contexto europeo.

Ciertamente su idea de *res publica*, de Estado, dejaba mucho que desear, y como ciudadanos eran más bien mediocres, lo que condujo a fuertes deficiencias de sus estructuras políticas, a diferencia del patriotismo institucional de los romanos. Los celtas llegaron a una unidad cultural de la mayor parte de Europa, donde sembraron sus formas de vida, sin llegar a conocer la unidad política ¿Por qué? Por la importancia de la familia, el clan y los apegos personales, que no hacían fácil una unión más allá de la confederación de clanes y tribus. La unidad política amplia sólo se producía para un asunto puntual, como la expansión o la defensa. Pero por eso mismo, por la importancia del clan y la tribu, será difícil su asimilación completa por conquistadores mejor organizados como fueron los romanos: las huellas célticas permanecieron y permanecen, aferrándose a las tradiciones familiares, a las creencias y a las costumbres de los pueblos, menos efímeras que las imposiciones externas, pero con gran adaptabilidad.

Los reyes, que habían tenido el máximo poder en tiempos pasados, se encontraban en crisis a la llegada de los romanos. Más eficaces fueron los agrupamientos puntuales, para cuestiones bélicas o migratorias, favorecidos por las relaciones familiares entre clanes y tribus, en lo que constituía una tupida red de lazos. No estaban exentos de la idea de imperio universal, por eso tal vez se adhirieron con relativa facilidad al proyecto romano.

Su unidad básica de organización política fue la tribu, definida como mínima unidad de población que se basta a sí misma y cuyos miembros están unidos por un antepasado común. De modo aproximado contaba con tres mil hogares. Por debajo de la tribu estaba el clan, con ciertos rasgos y restos totémicos, que puede considerarse una familia muy ampliada. Interesante en esta estructura era la presencia de pertenencias de los hijos al clan de la madre, a donde volvían a menudo, y la concentración y vigilancia de estos jóvenes, a veces en torno al druida, para evitar consanguinidades dentro de su clan.

Aunque destacaron en la fabricación de diferentes artesanías, como los carruajes, la orfebrería y la metalurgia, llaman la atención algunos inventos como el del tonel, que nos habla de su afición a las fiestas con libaciones abundantes, así como a los versos y a las canciones (y lo son todavía).

Es sorprendente que se estudie tan poco esta cultura en nuestros manuales escolares, y que en la imagen común se presente como un conjunto de simbologías

susceptibles de manipulación en un sentido racista o como una serie de creencias misteriosas, siendo tan común en el pasado de tantos países europeos. Imaginamos que en función del avance de la Unión Europea, se revalorizará su existencia y se ampliará su estudio, por la importancia que tuvo para la formación de una identidad común en épocas tan remotas, y por las sugerencias sobre una forma de vivir en pequeños grupos no incompatible con la pertenencia a una colectividad mucho más amplia.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES EN INTERNET

Almagro Gorbea, M. -Coord.- (1991): *Los Celtas en la Península Ibérica*. Madrid, Revista de Arqueología.

Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. -Eds.- (1993): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid, Ed. Actas

Eluère, Ch. (1999): *La Europa de los celtas*. Barcelona, Ediciones B.

Green, M. J. (1995): *Mitos celtas*. Madrid, Akal.

Jacobs, J. (1985): *Cuentos celtas*. Madrid, Miraguano ediciones.

Kruta, V. (1981): *Los celtas*. Madrid, Edaf.

Markale, J. (1992): *Los celtas y la civilización celta. Mito e Historia*. Madrid, Taurus.

Ruiz-Gálvez Priego, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*, Crítica/Arqueología, Barcelona.

Sainero, R. (2000): *Mitología Celta*. Madrid, Akal.

Santos Yanguas, J. (1997): *Los pueblos de la España antigua*. Madrid, Historia 16.

Toro, S. de (2000) *El pueblo de la niebla. Un viaje en el tiempo por la cultura celta*. Madrid, Aguilar.

<http://www.almargen.com.ar/sitio/seccion/historia/celtas2/index.html>

<http://www.asociacion-aest.org/CeltasVettones/Centro.htm>

<http://www.navarrerias.com/historia/nav4-4.htm>

<http://celt.net/Celtic/menu.html>

www.enya.org/es/stories/story00.htm

usuarios.advance.com.ar/cernunnosgb/hallstat.htm

TEXTOS

El país de los celtas, según Avieno.

“Al pie de este peñón (se refiere al peñón de Gibraltar) se abre a los habitantes el brazo del mar Estrimnico donde están las islas Estrímnidas, con amplias llanuras y ricas minas de estaño y plomo. Este pueblo es poderoso, orgulloso, enérgico e industrial, y comercia con todo. Sus barcas surcan hasta muy lejos el brazo de mar encrespado y el océano lleno de monstruos marinos. No construyen los cascos con el pino de arce, no curvan el abeto, como es costumbre, sino, cosa admirable, hacen sus naves con pieles cosidas, y surcan el vasto mar sobre cuero.

Desde allí hasta la isla Sagrada, así llamada por los antiguos, un barco tarda dos días. Esta isla extiende sobre las aguas una gran superficie, habitada por la nación de los hiberneses. Juntado a ella, volviendo en sentido contrario, se extiende la isla de los albiones.

Desde las islas Estrímnidas, si el esquife osa adentrarse en las aguas septentrionales (donde la hija de Licaón hiela el aire), llegará al país de los ligures, vacío de habitantes, porque la mano de los celtas con repetidos combates lo ha despoblado. Los ligures expulsados, como a menudo la suerte empuja a los hombres, llegaron a los lugares que ocupan, erizados de maleza. Allí el suelo es pedregoso, las rocas escarpadas, montes amenazadores se elevan hacia el cielo. Durante mucho tiempo el pueblo primitivo vivió en cuevas, alejado del mar que temía a causa del antiguo peligro. Luego, cuando la calma y el reposo fortalecieron su audacia, se atrevieron a bajar de sus altas moradas hasta los parajes marítimos”.

Avieno: *Ora Marítima* (siglo IV d. C.)

La temeridad gala según Estrabón (siglo I)

“La raza a la que hoy llamamos en conjunto raza gálica o galática es belicosa, colérica, siempre dispuesta a luchar, pero a la postre de costumbres toscas y sin vicios. Por eso, si se excita a los galos, se lanzan en tropel a la batalla sin ocultarse ni reparar en nada. Entonces son fáciles de vencer con astucia, basta con provocar su furia con cualquier pretexto en el momento y el lugar deseado, para encontrarlos listos a arriesgarlo todo, sin encomendarse a otra cosa que no sea su fuerza y su audacia. En cambio, si se emplea la persuasión, se brindan sin dificultad a hacer cosas útiles, y hasta es posible verlos ejercitarse en las artes liberales y la elocuencia. Su fuerza se debe en parte a su estatura, que es alta, y en parte a su número...

A la sencillez y exuberancia de los galos hay que añadir mucha irreflexión, mucho alarde y una verdadera pasión por los adornos. Les gusta cubrirse de oro, llevan collares alrededor del cuello y brazaletes de oro en el brazo y la muñeca, y los dignatarios llevan ropas teñidas en tinta y recamadas con oro. Debido a esta ligereza de carácter, la victoria les hace insostenibles, y la derrota los deja sumidos en el estupor. Su irreflexión también va acompañada de barbarie y salvajismo, como sucede a menudo con los pueblos del norte”.

Estrabón, *Geografía*, IV, 4,2

Sobre la mujer celta

“La mujer celta no existe. Esa es la primera conclusión a la que llegué después de buscar infructuosamente en varias bibliotecas material sobre ella. Con no poca frustración podía extraer un par de líneas después de leer varios volúmenes. Este silencio histórico no es casual, puede deberse en parte al género y en parte por tratarse de un pueblo vencido primero por los romanos y luego su último bastión -Irlanda- conquistado en forma pacífica por la fe Católica.

El modelo de la mujer celta enfrentaba al modelo grecorromano primero y al judeocristiano después. Nadie mejor que los romanos para decirnos lo que provocaba en ellos la mujer celta. Tácito en su relato de la toma de Mon la menciona como ‘desgreñadas mujeres de negro ropaje, cual furias blandiendo antorchas’. Amiano Marcelino (330-395 d.C.) la describe rápida en pasar de la discusión a la violencia física y dice: ‘El cuello hinchado, los dientes rechinantes y blandiendo los enormes brazos cetrinos..., daba puñetazos a la par que patadas, como si fueran los proyectiles de una catapulta’. En otras líneas hace referencia a su valor. ‘Una patrulla entera de extranjeros -dice- no podría resistir el ataque de un sólo galo, si este se hiciera acompañar y ayudar por su esposa. Estas mujeres son, generalmente, fortísimas, tienen los ojos azules, y cuando se encolerizan hacen rechinar los dientes, y moviendo los fuertes y blancos brazos comienzan a propinar formidables puñetazos, acompañados de terribles patadas’.

Julio Cesar se refiere a ellas diciendo: ‘Una hembra celta iracunda es una fuerza peligrosa a la que hay que temer, ya que no es raro que luchen a la par de sus hombres, y a veces mejor que ellos’”.

Viviana E. O’Connell: *La mujer celta*

La caza de cráneos

“¿Qué es la caza de cráneos? Los galos cortaban la cabeza de los enemigos muertos. Posidonio, que viajó por la Galia, cuenta que los jinetes suspendían los cráneos del cuello de sus caballos, o los clavaban a los maderos de sus casas como trofeos de casa, o los preparaban y los embalsamaban. Añade Posidonio que a sus huéspedes les enseñaban gustosos estos trofeos, y se alababan de las grandes sumas que ofrecían las familias de los vencidos para rescatarlos. En el *oppidum* celtíbero del Puig-Castellar, cerca de Barcelona, se encontraron cráneos humanos atravesados por clavos, se representaban cabezas cortadas en las monedas y en los monumentos galos (por ejemplo, en Eutremont, en las Bocas del Ródano). Los irlandeses tenían las mismas costumbres; una batalla es una cosecha de cabezas (*ár-cenn*)”

Hubert, H., *Los celtas y la civilización céltica*, pp. 422-423

La mística trinitaria de la religión celta

“Este valor ternario del nombre de Bran (Breno, Bron) retoma el principio triádico de los celtas representado gráficamente por el triskel, símbolo solar derivado de la rueda y

heredado de oriente. En el triskel volvemos a encontrar la doble espiral involutiva-evolutiva que caracteriza, en el sistema chino, el yin y el yang, dicho de otra forma, el yo y el no-yo, a la cual se añade una tercera espiral, la que los alquimistas llamaban el Fuego Secreto, también verosímilmente triple, y que es la potencia coherente por excelencia. Hegel enuncia esta misma tríada bajo los términos de tesis, antítesis y síntesis. Cristaliza en casi todas partes bajo la forma de trinidad divina, ya se trate de la Trinidad cristiana, de Mitra-Ormuz-Ahriman, de Rama-Visnú-Siva, de Sin-Shamash-Ishtar, de Amon-Ra-Ptah, de Osiris-Isis-Horus, o de Tutatis-Esus-Taranis. El arte galo representa numerosos ejemplos de divinidades tricéfalas y en todas sus manifestaciones parece resolver los problemas contradictorios mediante una triple interpretación, alcanzando la unidad gracias al principio $3=1$, insostenible desde el punto de vista racional. De igual modo, la mitología celta parece casi indescifrable, porque su confusión irracional reposa sobre la analogía ternaria que hace aparecer en la misma aventura tres veces seguidas al mismo héroe bajo aspecto y nombre diferentes, lo cual, hay que reconocerlo, no facilita la interpretación”

Markale, J., *Los celtas y la civilización celta*, p. 107

“Los historiadores atribuyen a los celtas de la meseta española una existencia más bien dura y miserable de pastores muy salvajes. Los montañeses, los pastores y los campesinos de la meseta tienen todavía una vida bastante ruda (el texto se publicaba en la posguerra). Pero a su lado vive una burguesía y una aristocracia.

Ahora bien, los celtas estaban en relación con Tartessos. Por Tartessos se exportaba, en tiempo de Éforo, el oro, el cobre y el estaño de la Céltica. Estaban, pues, unidos al conjunto de la economía mundial y se aprovechaban de ello. Jamás y en ningún sitio, los celtas han sido gente que se pusiera en actitud de defensa contra la civilización exterior. En realidad, los celtas de España nos han dejado testimonio de lo mucho que han tomado de ésta. Los que han enterrado sus muertos en los túmulos de los Alcores estaban provistos de un abundante ajuar de bronce y de marfil cartaginés. Los de Aguilar de Anguita y otros lugares de Castilla y Portugal compraron cerámica ibérica y griega. Adoptaron una parte del armamento de los iberos, sus escudos redondos, de los que encontramos en sus tumbas los armazones de hierro”.

Hubert. *Los celtas y la civilización celta*.